

CARTA INEDITA

del Dr. Miguel Uribe Restrepo, primer maestro de Filosofía en Medellín, a su hermano D. Pedro, uno de los primeros médicos de esta ciudad.

Bogotá, 8 de Julio de 1840.

Mi querido Pedro:

Es en mi poder tu muy apreciable de 23 del pasado, a que contesto, y te digo: en primer lugar, que me escribes una carta bastante difusa y muy bien digerida, así como las que me mencionas anteriores; y de aquí deduzco que el idiotismo de que en una de ellas te quejabas, no es efectivo, si no más bien aprehensión a fantasma de tu imaginación.

Yo me alegro infinito de que, coronados con buen éxito tus gloriosos esfuerzos en Guadalupe, por la divina Providencia, se halla ahora tu ánimo mas despejado y lleno de positiva esperanza de poder pagar cuanto debes, y aparecer después del naufragio de tu fortuna otra vez en la sociedad con el carácter y distintivas señales de hombre de bien, cualidad que en tí habrán podido oscurecer pasajeramente tu adversidad y tus trabajos; pero que un juicio recto y sano habrá siempre advertido en tí. El mundo, como tú sabes, juzga ordinariamente por las apariencias y siempre es injusto e inícuo en sus fallos. Este es un beneficio nuevo y señalado que debes a Dios, que no cesarás de agradecerlo.

Aunque se resientan más de lo que están mis nervios, por lo malo y crudo de la estación actual, te hablaré algo sobre mi suerte, y quiero que mi carta sea tan larga como la tuya.

Tú conoces bastante cuál ha sido la carrera de mi vida; me trataste muy de cerca en mi juventud fogosa; hemos vivido y viajado juntos en mi edad más avanzada; conoces el giro de mis ideas y opiniones, mis hábitos, mis sentimientos, mi carácter, mi imaginación, mis enfermedades..... Todo cuanto soy y como soy. No ignoras que desde que pensé en casarme, comenzó a abandonarme el timón de la razón; y que avanzando después en el mar tempestuoso de la vida, he pasado de desgracia en desgracia, de abismo en abismo. Abismo en mi juventud, de las pasiones más ardientes e indomables; abismo de

los más crueles disgustos y sinsabores en el estado del matrimonio; abismo de temores, de peligros, en la época de la invasión española; abismo de embrutecimiento y locura cuando la patria fué oprimida; vuelto a mi razón, todavía más y más espantoso abismo y abandono de mí mismo en Envigado; abismo de alarma y de horror a la tiranía en tiempo de Bolívar; abismo de inquietud y de disgusto provenientes de la injusticia humana y de mi exaltación al reclamarla; abismo de la vista de la eternidad cuando sufría en esa la horrorosa y dura enfermedad de que tú fuiste testigo; y en fin abismo aquí, en el año anterior, en que mi imaginación y ciertos accidentes juntamente con la consideración y examen interior de mí mismo, me hacían no diré gemir y llorar como el polluelo de la golondrina, sino rugir como un león en el desierto..... ¡Qué tempestades! ¡Qué vientos! ¡Qué olas embravecidas! ¡Qué agitado mar el de mi vida! ¡No se parece, Pedro, al estrepitoso golfo de Gascuña? Mas, el peor de los abismos, el más espantoso, el más erizado de horror y de peligros era sin duda el de las tinieblas, confusión y dudas que circundaban mi entendimiento en la materia más importante de cuantas forman la continua ocupación y anhelos de casi todos los hombres a saber: la religión, la ciencia práctica de la vida y felicidad eterna.

Comencé, te diré francamente, por dudar o negar, aunque para mí solo, de la eficacia del sacramento de la penitencia para borrar los pecados; imploraba en mis desgracias a Dios, pero olvidando a no haciendo alto en Nuestro Señor Jesucristo, nuestro mediador y Redentor; comenzaba a decrecer en El, o por lo menos, mi fe en El estaba casi muerta. El augusto misterio de la Trinidad, me parecía alguna vez una contradicción absurda, una imposibilidad metafísica que se resistía al poder mismo de Dios, cuya existencia yo confesaba; la insensata doctrina del materialismo o de la mortalidad del alma no dejaba de obscurecer también mi espíritu; el infierno me parecía una quimera, y juzgaba que Dios siendo tan bueno, había de hacernos dichosos en la otra vida, en caso que la hubiese; el purgatorio me parecía una invención clerical inspirada por la avaricia..... Qué sé yo cuántos otros errores espesaban cada día más y más las tinieblas de mi espíritu; y aquella bellísima educación cristiana

en que fuí criado: aquellas sabias y preciosas máximas de amor a la virtud y de horror al vicio que me nutrieron en la infancia; aquellos buenos ejemplos que nuestros padres nos dieron siempre; todo estaba como sin fuerza para mí; yo me hallaba extraviado, estaba en el abismo del error y también en el de mis pecados y penas. Yo estaba perdido; yo experimentaba las más violentas convulsiones; un terrible combate se levantaba dentro de mí mismo; la carne luchaba contra el espíritu, éste contra la carne; el error contra la verdad, y ésta contra el error; las pasiones contra la razón, y ésta contra las pasiones. La antorcha casi extinguida de la fé alumbraba con sus relucientes ráfagas aquel cuadro del horror y de la desgracia en que me veía sumergido; y yo era la figura del navegante asaltado por una violenta tempestad y hecho el juguete de los vientos y de las olas; pero no de un navegante que naufragase en los mares de esta tierra, sino de uno que estaba próximo a naufragar en el abismo insondable de la eternidad. ¡Qué situación! ¡Qué horror! No es posible darte una idea, querido Pedro. En medio de mi dolor, sin esperanza, sin amigos (porque ya no los hay, y los que hay no son verdaderos), en medio de un mundo perverso y corrompido, ¿qué haré? ¿a dónde iré? ¿qué rincón de la tierra me recibirá? Así me hallaba medio exánime y oprimido de todas las angustias de la muerte, cuando el mundo, este nuestro mortal y más cruel enemigo, que para mí no se había mostrado tan peligroso en mis días pasados, se me presenta y se me descubre bajo la forma más deforme y más abominable. Su falacia y su perfidia me hacen percibir todo el misterio de su inquietud; y un nuevo abismo me iba a tragar y a envolverme cuando he aquí que meditando con un poco de seria atención, y reconociendo la grande extensión de mi desgracia; sentí y reconocí interiormente que yo no tenía otro remedio que lanzarme de todos estos abismos de que te he hablado, en el abismo incomparable de la misericordia de Dios; reconocer mis errores y pecados; ocurrir con fe recta y sincera al sagrado Tribunal de la penitencia; y ahogar en la sangre de N. S. Jesucristo todos mis remordimientos y pesares. Llamé al Señor, y el Señor me ha oído y consolado. Pero ah, Pedro, ¡cuánto ha sido necesario hacer para esto, después de diez y ocho años de disipación y olvi-

do de Dios! Ha sido preciso que este santísimo y Supremo Señor disecase mis huesos y los pusiese como los de David, hechos una criba: ha sido preciso que pudriese mis carnes, que quebrantase mi orgullo, y el endurecimiento de mi corazón, que parecía ya un mármol o un bronce. Créelo querido Pedro, no lo dudes, nuestra alma es inmortal y hemos nacido para una felicidad o desgracia eterna. La religión cristiana es verdadera, la única en que el hombre puede salvarse. No dejes, te lo aconsejo como hermano que te ama entrañablemente, no dejes de volver hacia este punto importante tu bellísima razón y tu singular talento; estúdiala, medítala; este negocio merece bien algunas horas de tiempo; no quiere Dios que creamos rápidamente y como máquinas; una recta razón nos conduce a creer. *Racionabile obsequium Deum.*

Esta carta no la muestres a nadie; ella es un testimonio; es la expresión de mis sentimientos de amor y amistad hacia tí: ella contiene lo más útil y precioso que jamás te ha dicho ni podrá decirte tu afectísimo hermano.

Miguel Uribe Restrepo

EL PADRE GOMEZ ANGEL

Discurso pronunciado por D. Tomás Cadavid Restrepo,
en el salón de grados de la Universidad de
Antioquia.

Sr. Gobernador, señores.

Evoca en este día la Universidad de Antioquia, para justa glorificación, la memoria del clarísimo varón de la ciencia y de la virtud que en la tierra se llamó **José María Gómez Angel**. A este homenaje, tan digno como austero, contribuyen a una la H. Asamblea Departamental, el Consejo Municipal, las altas autoridades eclesiásticas y civiles, la Sociedad de Mejoras Públicas y todo Medellín, que sabe cuáles fueron las excelencias del Levita insigne que, a su paso por la vida, dejó hondo recuerdo de admiración y gratitud.

Enarrar la vida del Padre **Gómez Angel**, es trazar una blanca línea de suave y sostenido ascenso; decir la maravilla de un talento impulsado por el bien; contar el milagro de unas manos encallecidas por el trabajo servil,